

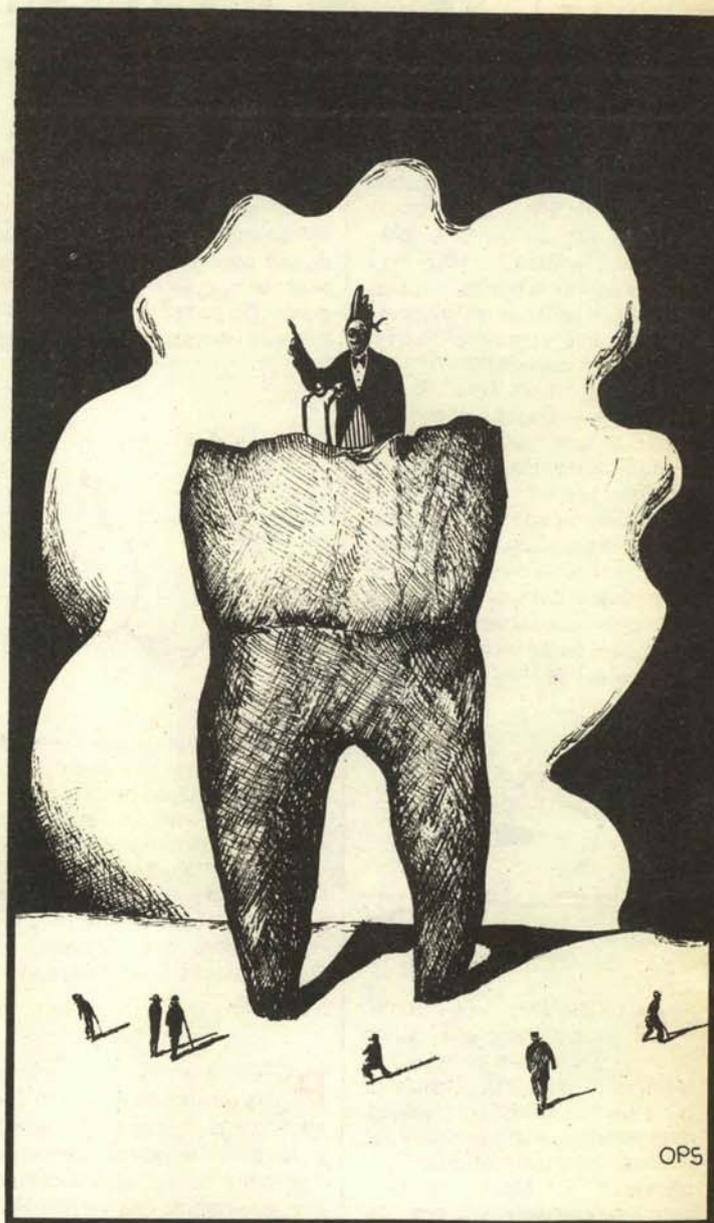
el cadaver exquisito

JOSE SOLIS

EX IGABRO

Nació en Cabra, provincia de Córdoba lejana y sola. Poco es lo que se sabe de su infancia y primera juventud.

Se tienen indicios de que andaba triste y afligido porque entonces no había sindicato vertical y la gente, por aquello del secular abandono, en lugar de votar a través de los cauces naturales del sindicato, la familia y el municipio, lo



hacia mediante el sufragio universal. Pero enseguida se montó una guerra para remediar todo eso y nuestro hombre se apuntó voluntario y agarró un fusil sureño para instaurar el Estado Corporativo.

Pese a ser cordobés no ejerce de filósofo ni es sobrio de palabras ni parco en ademanes. Más bien al contrario. Cogido por el barroquismo labial le suele dar mucho trabajo a la húmeda, sobre todo cuando habla de lo bueno que es el hermano obrero si está amaestrado. Primero gobernador civil y después ministro, le ha sacado al Movimiento todo lo que tiene de partido. Pero en una célebre ocasión, por única vez en su vida, midió mal el terreno con aquello de Matesa y lo cesaron con lágrimas de fidelidad en la des-

pedida, no sin antes dejar admirada a la concurrencia cuando dijo que abandonaba la cartera con sólo cuarenta mil pesetas en cuenta corriente. Pasó unos años metido en la vida y en el negocio privado, flirteando con la política con aquello de que si me asocio o no me asocio, hasta el momento en que, mientras se ejecutaban unas maniobras en las alturas del monte, le cogieron los del bunker y lo lanzaron como un torpedo bajo la línea de flotación de la supuesta reforma. Comenzó enseguida a hablar y sonreír hasta el punto que hubo quien dijo que iba a desbanicar a Arias, que ya le tenía comida la moral. Su momento estelar fue aquel día que cogió una barca y una empanada de berberechos y se adentró con su



amigo Fraga en la mar procelosa. Aquella empanada comida a tiempo le ha servido sin duda para coger energías con que agarrarse a la popa del gobierno durante el naufragio de la última crisis. Y así sigue, sonriendo como si aquí no pasara nada. ■ V.

LA SONRISA DEL REGIMEN

Don José Solís (conservas Solís, que se dice, a poder ser con la voz chillona y pánfila de Gracita Morales) es un superviviente, y la supervivencia es su mejor obra. Nunca dudé de que un hombre con esa dentadura, sólo comparable a la de los Kennedy, sobreviviría a los seísmos e incluso a los barbarismos del Régimen. Cuando sonríe —Solís ha sido, según los cronistas, la sonrisa del Régimen— La sensación es que tiene más dientes que ningún otro ministro, y desde luego más sentido común. Así como López Bravo me pareció siempre un peluquero de señoras, don José me parece Santa Claus. Tiene de bueno que jamás ha inventado teorías brillantes para justificar lo injustificable. No es que lo «injustificase», porque el ser ministro imprime carácter, pero tampoco se ha hecho grandes ilusiones. Ha sido la sonrisa del Régimen, pero no ha sido el teórico del Régimen, como el célebre hombre de la trampa saducea, y aunque alguna vez que otra se dejó caer con lo de la unión de los hombres y las tierras de España, no pasó de ahí. Bien es cierto que fue un sillar del verticalismo, pero como iba mucho a Alemania el verticalismo se le fue quedando flojo y un poco al estilo de la torre de Pisa. Lo que ya no se le podía pedir a Solís es que entendiese lo de las Comisiones Obreras, que florecieron bajo su reinado. Lo malo es que le pidieron que las entendiese,

pero no quiso. Y como Emilio Romero tampoco quiso explicárselas, pues ahí tú ves, que le pusieron un cero en Comisiones. Hoy, si lo examinaran, a lo mejor sacaba un cuatro. Si media obra de Solís es, como decíamos, la sonrisa del Régimen, la otra media podría ser la de una lágrima cayó en la arena del susodicho. O sea, del Régimen. Completaría así el ciclo de la dictadura, que como todas las dictaduras llegó entre sonrisas y la más hermosa sonríe al más fiero de los vencedores, y la están largando a gorrazos, Dios me oiga. En fin, unos cuantos pucheros sí que nos podía hacer Solís. ■ L.

LA FOTO PARAPSICOLÓGICA

TIENE la calva morena de los gitanos que iban por el monte de la revolución pendiente solos.

Tiene la cara redondeada, amable y pacífica de los demagogos de la sonrisa, que consideran que al pueblo hay que sonreírle y luego Dios dirá. Tiene la voz malagueña de los andaluces a quienes los árboles no han dejado ver el bosque, a quienes los caballos jerezanos no han dejado ver el hambre. Tiene la camisa azul que en el huecogrado del Arriba sale negra y tiene la capacidad de maniobra de los buenos políticos malos que no se equivocan nunca, porque viven en la sempiterna equivocación intemporal y metafísica, que no es el bien teológico, pero tampoco el mal dialéctico.

Tiene una fe vertical en los luceros y un entusiasmo horizontal por los hombres y las tierras de España. Tiene una confianza en la unidad que sólo se pone en duda con el espectáculo de la diversidad,

espectáculo que fácilmente puede reducirse a unidad, a su vez, mediante coros y danzas, demostraciones sindicales y otras concentraciones masivas donde la pluralidad de España se ordena armoniosamente mediante programa de mano.

Don José Solís Ruiz parecía, al principio del postfranquismo, un superviviente digno en el nuevo Estado, una reliquia morena de soles místicos, pero ahora se ve que la manzana picada —aunque él

sea una manzana muy sana— ha contagiado ya a todo el cesto. Don José Solís, manzana ceceante del sur caliente, tiene una cosa frutal de alcalde pedáneo de Chipiona que va a hacer la traída de aguas de un momento a otro, y está contento por eso.

Tiene una sonrisa de marfil simpático que es como la paloma de la paz del Sistema revoloteando sobre las boínas decepcionadas de los aceituneros altivos. Tiene algo este señor. ■ U.

